

8. Las raíces intelectuales del fascismo

Un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita encaja en el nacionalismo como un guante bien hecho en una bella mano.

Charles Maurras

El fascismo podría muy bien ser el fenómeno más horrible del siglo xx. Y es también uno de los más paradójicos: implacablemente opuestos a la política democrática, los fascistas¹, sin embargo, utilizaron todos los medios para dominar a la opinión pública y construir un movimiento de masas; supuestamente miembros de un partido del orden, los fascistas deambulaban por las calles y cometían actos de violencia gratuitos; autoritarios en cuerpo y alma, comprometieron y desacreditaron a todas las autoridades establecidas y a las élites gobernantes; suspirando por el pasado, los extremadamente reaccionarios nazis derrocaron la tradición y erigieron un gobierno y una sociedad completamente nuevos; implacables detractores de la Revolución francesa, los nacionalsocialistas llevaron a cabo su propia revolución; y los fascistas italianos hasta llegaron a imitar a los jacobinos introduciendo un nuevo calendario en el que 1922, el año de la ascensión al poder de Mussolini, figuraba como Año Uno².

La paradoja más pertinente para nuestros propósitos es que los fascistas, aunque cínicos en su manipulación de las ideas y particularmente desdénosos con los amanerados intelectuales, estaban absolutamente decididos a reformar el mundo a imagen de su ideología. Es típico del fascismo —y un gesto que la distingue de otras doctrinas de la derecha europea— que después de 1932 a cualquier persona que se incorporara al partido de Mussolini se le proporcionara una copia de su *Doctrina del fascismo*, junto con un carnet de miembro y un rifle. A diferencia de su homólogo italiano, Hitler no esperó hasta haberse hecho con el poder antes de publicar sus violenta-

mente antisemitas, racistas e imperialistas diatribas: *Mein Kampf* (*Mi lucha*) apareció en 1925 y 1926, años antes que el Tercer Reich. Desde su comienzo hasta el último día, el distintivo del movimiento nazi fue el fervor ideológico más que la anticuada política de poder.

¿Cuáles son las fuentes de la ideología fascista? El primer paso para contestar a esta pregunta es dejar de lado la lista de nombres adecuados que Mussolini dejó caer en entrevistas con periodistas. De hecho, no hay evidencia de que leyera a William James con detalle, y si todas las razones para sospechar que Mussolini se aprovechó de la etiqueta del pragmatismo simplemente porque pensó que podría excusar su costumbre de actuar primero y decidir su significado con posterioridad. Tomándolo en serio en este sentido no aprendemos nada sobre sus raíces intelectuales, por no mencionar que el pobre William James sufrió la difamación de culpabilidad por asociación. Una estrategia mucho más prometedora es examinar los movimientos de pensamiento y sentimiento populares en los que Hitler y Mussolini se inspiraron y que moldearon en función de sus propios fines. El romanticismo alemán y su discurso sobre el pueblo; el sindicalismo italiano; el nacionalismo virulento, agresivo y expansionista, y las ideologías conservadora y reaccionaria, dedicadas a revocar la Ilustración, la Revolución francesa y el liberalismo, están entre las corrientes de opinión que tuvieron un impacto directo sobre los líderes del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán.

Pero antes de discutir estas fuentes intelectuales, inicialmente dirigiremos nuestra atención a la relación entre fascismo y marxismo, porque sobre este tema ha existido durante mucho tiempo un excesivo grado de confusión.

Fascistas y marxistas

Tan pronto como se plantea la cuestión de la relación entre fascismo y marxismo el investigador se topa con opiniones diametralmente opuestas. Para los verdaderos creyentes —los fieles de ambos partidos— es obvio que el marxismo y el fascismo son polos opuestos, los mayores enemigos mortales, uno en el extremo izquierdo del espectro ideológico, y el otro en el extremo derecho; uno, el adalid de la revolución; el otro, el de la contrarrevolución. En países como Inglaterra o Estados Unidos, sin embargo, durante mucho tiempo ha estado de moda considerar a Mussolini, Hitler y Stalin como intercambiables. Regímenes que son dictatoriales, expansionistas y que practican el terror contra su propio pueblo pueden ondear diferentes banderas y odiarse el uno al otro incluso más de lo que desprecian a los moderados, pero para sus víctimas las diferencias entre uno de estos gobiernos y el otro son insignificantes.

¿Qué hacer con la anterior afirmación de que el fascismo y el marxismo, a pesar de la mutua animosidad de sus protagonistas, conduce a la misma

cosa? En cierto sentido, esta conclusión está justificada, pero, en otro, es a la vez inadecuada y extremadamente injusta con muchos marxistas. Ciertamente, Carl Friedrich, Zbigniew Brzezinski y otros científicos sociales que escribieron sobre el totalitarismo en los años cincuenta, en tanto se referían a los regímenes políticos de Hitler y Stalin, tenían razón al concluir que «las dictaduras totalitarias fascista y comunista son básicamente iguales»³. En ambos casos gobernó sin oposición un partido único, que fue dominado por una sola persona: en ambos países se impuso a todo el mundo una ideología que lo abarcaba todo. En Alemania y en Rusia, la constante propaganda, la censura de los medios de comunicación y la omnipresencia de las policías oficial y secreta fueron instrumentos que no sólo silenciaron el discurso disidente, sino que fueron destinadas a prevenir el pensamiento disidente. Las purgas contra los enemigos, reales o imaginarios, se convirtieron en un hecho habitual, y hombres y mujeres vivían constantemente atormentados. En la medida en que la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin eran regímenes totalitarios, las distinciones entre fascismo y marxismo de hecho se vuelven insignificantes.

Pero en este punto debemos tener cuidado para no caer en la trampa de repetir polémicas ideológicas mientras pretendemos presentar una explicación imparcial de diversas ideologías. Porque existe un claro peligro de que la discusión sobre el totalitarismo pueda degenerar en otra versión de los reiterados esfuerzos de los liberales para desacreditar a sus competidores marxistas responsabilizándoles del fascismo. Lo que no significa sugerir que los marxistas hayan sido mucho más justos con los liberales: simplemente volvieron las tornas sugiriendo que el fascismo es una ideología producida por la sociedad burguesa, liberal, cuando alcanza la fase de capitalismo monopolístico. Para completar este intercambio de insultos debemos añadir que los fascistas culpan a los liberales de desencadenar las fuerzas promotoras de la igualdad y destructoras de las tradiciones que evolucionan naturalmente hacia una apoteosis final bolchevique. Cada una de las tres ideologías rivales: liberalismo, marxismo y fascismo, no sólo repudia a las otras dos, sino que, de forma poco justa, afirma que están íntimamente relacionadas y acusan a la menos mala de ellas de generar el peor de esos dos males.

Debería resultar evidente que el estalinismo y el marxismo no son lo mismo; los marxistas «críticos» de la Escuela de Frankfurt⁴, por citar un notable ejemplo, intentaron deliberadamente salvar la integridad del marxismo repudiando el estalinismo tan enérgicamente como denunciaron el capitalismo. Ni siquiera el bolcheviquismo puede equipararse al estalinismo: el Lenin que en *¿Qué hacer?* afirmaba que el partido no podría sobrevivir a menos que se organizara con mentalidad militar fue también el autor del *Estado y la revolución*, un panfleto escrito en vísperas de la revolución en el que el hombre que iba a conducir a los bolcheviques a la victoria se volvía a entregar a los aspectos más libertarios y utópicos de la visión

de Marx, en concreto, la creencia de que el pueblo —en palabras de Lenin— podría aprender a dirigir la administración «en las veinticuatro horas posteriores al derrocamiento de los capitalistas y burócratas». En realidad, pocos meses más tarde reclamaría que un capitalista que pudiera hacer funcionar un ferrocarril tenía más valor que veinte resoluciones aprobadas en las asambleas comunistas. Pero la visión del pueblo gobernándose a sí mismo presentada en *El Estado y la revolución* siguió siendo aquella a la que los marxistas desafectos apelaban una y otra vez cuando lamentaban la traición de la revolución (véase el capítulo 12).

Quizás el modo más eficaz de poner de relieve la diferencia entre marxismo y fascismo es contrastar su actitud hacia el uso de la violencia. Hitler proclamó que la guerra era «la más poderosa y clásica expresión de vida»; el veredicto de Mussolini fue que «no hay vida sin derramamiento de sangre», porque el «hombre es un animal bélico». «Aquel que dice fecundación —añadía el dictador italiano— dice laceración.» Tanto liberales como marxistas, en dramático contraste, históricamente han aspirado a un mundo sin guerra: para los liberales la caída de la aristocracia, para los marxistas el derrocamiento de la burguesía, señalarían el feliz día en el que la guerra se volvería obsoleta. El fascismo, sin embargo, glorifica la guerra, que considera moralmente engrandecedora del espíritu, un escape para las heroicas y elevadas pasiones sofocadas por el humanitarismo. Una vida sin guerra, para un fascista, es una vida que no merece la pena vivir.

En el pensamiento marxista la violencia es simplemente un medio, y debe ser minimizada mientras dure y descartada lo más pronto posible. La revolución de la que habló Marx sería llevada a cabo por la abrumadora mayoría frente a una pequeña minoría; dicha violencia, en la medida en que es necesaria para expulsar a la clase gobernante, sería, por tanto, mínima. Karl Kautski, portavoz intelectual de la Segunda Internacional, negó que Marx pudiera haber apoyado la Revolución bolchevique, llevada a cabo en un país atrasado y, por tanto, un fracaso inevitable y con muchas posibilidades de desembocar en un baño de sangre contrario a los ideales humanistas del marxismo. «Un medio que se contrapone al fin no puede ser santificado por ese fin», escribió Kautski en *Terrorismo y comunismo* (1919). Un año más tarde, Trotski replicó con un libro que llevaba el mismo título. Incluso el liberalismo ha recurrido a la violencia para establecer o salvar su reino, sostenía Trotski, citando como ejemplo la Guerra Civil norteamericana. Y a partir de ese razonamiento concluyó: «El que tiene como objetivo un fin no puede renunciar a los medios». A pesar de ello, Trotski nunca rechazó la santidad de la personalidad humana individual; simplemente mantenía que «para hacer que el individuo sea sagrado debemos destruir el orden social que lo crucifica», y en este proceso, desafortunadamente, algunos individuos morirán.

«Cuando el humanismo intenta realizarse a sí mismo con alguna consistencia se convierte en su opuesto; concretamente, en violencia», escribió

Maurice Merleau-Ponty, el filósofo francés y teórico marxista. Éste es el trágico destino del marxismo revolucionario: para llevar los ideales humanistas de la teoría a la práctica son necesarias acciones bélicas, especialmente después de reconocer lo equivocado que estaba Marx al pensar que fuerzas impersonales eliminarían sin derramamiento de sangre la mayoría de los obstáculos para el advenimiento de la nueva sociedad. Un marxista revolucionario, por tanto, está destinado a enfrentarse con el problema de las «manos sucias», esto es, con la cuestión de usar o no a corto plazo medios que contradicen el fin último⁵.

Los fascistas, a diferencia de los marxistas, no se encuentran ante ningún dilema entre medios y fines. Alfred Rosenberg, el ideólogo nazi, equiparaba el fascismo con un ejército siempre en marcha, pero indiferente a su destino o propósito. Para un fascista, la violencia es simultáneamente un medio y un fin. Mientras un revolucionario marxista encuentra tragedia en el conflicto entre medios violentos y un fin pacífico, un fascista halla en el derramamiento de sangre grandeza heroica y sublime plenitud.

La violencia es siempre un problema para los marxistas porque comparan con el liberalismo el respeto por la herencia de la Ilustración. El descontento de los marxistas no se refiere al valor que el liberalismo deposita en el ser humano individual, sino a la incapacidad de los liberales para reconocer que bajo el capitalismo, en palabras de Marx, el «capital es independiente y tiene individualidad, mientras que la persona humana es dependiente y no tiene individualidad». El marxismo es un humanismo; el fascismo es la vehemente y estridente negación de la Ilustración y de todos los ideales humanistas.

En cierto sentido, la confusión del marxismo con el fascismo es comprensible, dado que tanto el nazismo alemán como el fascismo italiano supuestamente fueron amalgamas de nacionalismo y socialismo. Pero el elemento socialista en el nazismo no tuvo nada que ver con el marxismo y sí mucho con el odio a los judíos, a los que se culpó de todos los trastornos creados por una economía capitalista. Para Hitler, la finalidad de los componentes socialistas en el programa de su partido fue la de llegar a las clases bajas, objetivo que un virtutismo nacionalismo sin más podría haber evitado. Debe recordarse que, mucho antes de hacerse con el poder, los nazis combatían a los comunistas en las calles de Berlín. Nada impresionó más a Hitler en el historial de Mussolini que el éxito de los escuadrones de matones armados italianos ayudados por los acaudalados terratenientes del Valle del Po en la destrucción de las sedes del Partido Socialista.

Quizá sea un signo de la a veces paranoica mentalidad de los liberales de la Guerra Fría el que minimizaran la distinción entre fascistas y marxistas a pesar del regocijo con el que los primeros destruyeron a los comunistas de Italia y Alemania. Debe reconocerse, sin embargo, que el caso del fascismo italiano se presta a una considerable confusión sobre lo que es la izquierda y lo que es la derecha; especialmente porque Mussolini, justo an-

tes de asumir el liderazgo del movimiento fascista, era conocido como una figura de la izquierda revolucionaria marxista.

Una vez hayamos examinado los orígenes ideológicos del fascismo italiano, se hará evidente que Mussolini fue siempre un profascista y un marxista solamente de nombre. En general, fue del pensador francés Georges Sorel, un escritor con cierta relación con el movimiento sindicalista, del que los fascistas italianos aprendieron a citar a Marx incluso al defender los ideales más radicalmente nihilistas imaginables.

Fascistas y sindicalistas

El pensamiento de Mussolini no está arraigado en el sindicalismo como tal, fue más bien la utilización abusiva de Sorel del movimiento sindical para sus propios propósitos de rechazo de la herencia de la Ilustración la que es relevante para la estructura de la creencia fascista. Sorel odiaba tanto el liberalismo, el pacifismo, el laicismo y el individualismo que, cuando los trabajadores fracasaron en la destrucción del gobierno parlamentario y de la ideología liberal que lo sustentaba, él y sus seguidores decidieron colaborar con la Action Française, de Charles Maurras, un grupo exacerbadamente nacionalista, reaccionario y profascista. El resultado de todo ello fue el nacional-sindicalismo, un movimiento que es una traición de la doctrina sindicalista revolucionaria original. Sin éxito en Francia, el nacional-sindicalismo triunfó en Italia bajo el liderazgo de Mussolini, que estaba bien versado en el pensamiento de los sorelianos de ambos lados de los Alpes.

Antes de que Sorel distorsionara su mensaje, el sindicalismo era conocido como una versión antiautoritaria del socialismo, marxista en su vocabulario y, sin embargo, simpatizante con la causa anarquista que Marx había combatido en la Primera Internacional. Cuando la Segunda Internacional rechazó acoger a los delegados anarquistas en 1896, los socialistas, anhelantes de Proudhon y de sus temas anarquistas de descentralización, federalismo y autogobierno de los trabajadores, descubrieron que podrían permanecer dentro del movimiento y continuar apoyando el viejo rechazo anarquista del Estado a través de la defensa de la causa sindicalista frente a los socialistas parlamentarios. Por así decirlo, los sindicalistas se encaminaban hacia el principio que más tarde se denominaría el control de la gestión por parte de los trabajadores. Durante la Revolución rusa, inicialmente aclamaron a los soviets de los trabajadores como una realización de sus aspiraciones, pero pronto condenaron el bolcheviquismo como una forma de socialismo de Estado autoritario, una total contradicción con sus ideales. Con seguridad, nada podría estar más lejos del movimiento autoritario y totalitario del fascismo que el movimiento cuasianarquista denominado sindi-

calismo. Lamentablemente, Sorel alcanzó mucha más notoriedad que Ferdinand Pelloutier o cualquier otra figura que contara con credenciales sindicalistas. En sus *Reflexiones sobre la violencia* (1906), Sorel tocaba todos los temas que más tarde le granjearían el cariño de Maurras y finalmente de Mussolini, el futuro dictador, que vaciló, pero que, en último término, no sólo revisó el sindicalismo, sino su variante nacionalista, profascista.

Un modo de comprender la relevancia de *Reflexiones sobre la violencia* es decir que Sorel llega a una conclusión diametralmente opuesta a la obtenida por Eduard Bernstein en 1899 (a pesar del completo acuerdo de Sorel con el análisis de las perspectivas del socialismo articulado en *El socialismo evolucionista*, la clásica exposición del revisionismo marxista de Bernstein). Es una verdad innegable, como sostenía Bernstein, que la situación económica del trabajador está mejorando; Marx estaba equivocado al pensar que los salarios nunca podrían crecer por encima del nivel de subsistencia, y también al augurar que la miseria sería para siempre la suerte del proletariado bajo el capitalismo. Tampoco hay nada que decir en defensa de su predicción de que el capitalismo se dirigía hacia una catástrofe. El Estado estaba interviniendo más y más en la economía para prevenir que las bajas del ciclo económico se le fueran de las manos. En esas circunstancias, pensó Bernstein que la mejor acción era dejar a un lado la retórica revolucionaria y trabajar para la victoria en las urnas. Con la aparición del Estado de bienestar el socialismo podía alcanzar democrática y pacíficamente todo lo que Marx veía como posible sólo mediante una convulsión revolucionaria.

En primer lugar, Sorel admite que Bernstein tiene razón en lo relativo a los hechos; entonces, increíblemente, efectúa un descaro llamado en favor de una violenta confrontación entre la burguesía y el proletariado. La motivación de Sorel es el odio: odio a la mediocridad de la clase media y desprecio por sus ideales humanitarios liberales. Marx culpaba a los liberales por su incapacidad para vivir de acuerdo con sus ideales humanitarios; Sorel los responsabilizaba de permitir que el humanitarismo reprimiera su voluntad de poder. Hablando siempre de decadencia y renacimiento, de barbaria y heroísmo, Sorel pronuncia palabras ajenas a los escritos de Marx y Engels, pero que recuerdan bastante a Maquiavelo y a Nietzsche. Para lo que él consideraba la enfermedad de la cultura moderna, Sorel no pudo pensar en un terapia mejor que la violencia a gran y gloriosa escala.

«La violencia del proletariado —escribió Sorel— parece ser el único medio por el que las naciones europeas —actualmente aturdidas por el humanitarismo— pueden recobrar su antigua energía.» De ahí que defendiera un sangriento enfrentamiento de una clase contra otra, sin importar que de ello no surgiera nada socialista. Sorel admiraba el separatismo de los sindicalistas, su rechazo a entrar en la política parlamentaria o a negociar con otras clases, porque el aislamiento, esperaba, disminuiría su disposición para conformarse con ganancias materiales; «cuando los conflictos se reducen a disputas sobre intereses materiales, ya no hay oportunidad para el

heroísmo». Todo lo que es mejor en los humanos, creía Sorel, pasa al primer plano cuando la sociedad está dividida en dos bandos armados, cada uno constituido por dedicados guerreros preparados para la lucha. La iglesia del militante y belicoso anciano Israel ofrece la imagen exacta de lo que necesita el mundo moderno. «La convicción se halla en la lucha de comuniones, cada una de las cuales se considera a sí misma el ejército de la verdad luchando contra los ejércitos del mal. En condiciones de este tipo es posible encontrar lo sublime.»

Para Sorel no importaba que la fe sindicalista en la eficacia de una huelga general estuviera equivocada: era irrelevante que la visión de este tipo de huelga doblegando a la burguesía fuera sólo un sueño, un «mito» en la terminología de Sorel. En tanto los trabajadores lo crean, es suficiente, porque su fe les estimulará a la acción destructiva. En sentido amplio, se podría sugerir que el propio marxismo era un «mito» para Sorel, un conjunto de símbolos de los que poder usar y abusar a voluntad, a pesar de que los trabajadores no significaban nada para él salvo en la medida en que se podría apelar a ellos para llevar a cabo el único objetivo que une todos sus escritos, el deseo de destruir la cultura moderna, especialmente el liberalismo, el socialismo reformista y la democracia parlamentaria.

A principios del siglo XX, la repugnancia por la herencia de la Ilustración, la indignación con la supuesta «decadencia» de la cultura moderna, no era de ninguna manera algo exclusivo de Sorel, como tampoco estaba aislado en su convicción de que una violencia purificadora podría restaurar la vitalidad que los europeos habían perdido. En Francia, Italia y Alemania, nacionalistas ardientes predicaban la misma doctrina. Ya en las *Reflexiones* Sorel comentaba de pasada que «una gran guerra exterior [...] podría renovar las energías perdidas» (un indicio de su disposición para recurrir al nacionalismo, en el caso de que el proletariado le decepcionara). Si Sorel utilizó expresiones marxistas contradiciendo todo aquello con lo que Marx se identificó, también lo pudo hacer Enrico Corradini, el líder de los nacionalistas extremistas en Italia. Fue Corradini, no un marxista, el primero que realizó la célebre distinción entre naciones «burguesas» y «proletarias», para proclamar que en lo sucesivo el nacionalismo debería ser para todos los italianos lo que el socialismo había sido para el proletariado.

Hacia 1910 la nefasta alianza de los sorelianos con la archirreaccionaria Action Française ya estaba en marcha. Con el visto bueno de Sorel y Maurras, el principalmente literario Cercle Proudhon convocó su primera reunión en diciembre de 1911. Allí Édouard Berth, el discípulo favorito de Sorel, conoció a Georges Valois, entonces seguidor de Maurras y posteriormente fundador del Fascio, que sería conocido como el primer movimiento oficialmente fascista fuera de Italia. A juicio de Berth, el Cercle Proudhon fue el lugar de nacimiento del *fascisme avant la lettre*.

¿Por qué el otrora revolucionario Berth se convirtió en un sindicalista nacionalista, que es como decir en un protofascista? Sin duda porque estaba

excitado, según sus propias palabras, por la «recuperación de los heroicos valores que parece estar teniendo lugar entre la burguesía más joven». Se refiere, naturalmente, a la creciente popularidad de Action Française, el movimiento político que el propio Sorel encontró atractivo desde el momento en que el proletariado sucumbía a la tentación representada por unos salarios más altos, el seguro de desempleo y otras cosas por el estilo. Por preguntarlo de otro modo, ¿por qué Valois y Maurras estaban dispuestos a unirse a personas que previamente habían repudiado como despreciables militantes de izquierda? Sin duda porque estaban deseosos de incorporar a los trabajadores, cuya ausencia impedía a su organización convertirse en un movimiento de masas.

De todas formas, el punto de vista de Sorel y Maurras era prácticamente el mismo, sin importar que a uno se le considerara una figura de la extrema izquierda y al otro un líder de la derecha radical. Para ambos lo que importaba era lo que despreciaban, y parecían un solo hombre al vilipendiar la Ilustración, el liberalismo, los derechos y el humanitarismo. De este modo, Maurras, habiendo descubierto sus afinidades con Sorel, pudo pronunciar palabras que anteriormente habrían sido impensables: «un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita encaja en el nacionalismo como un guante bien hecho lo hace en una bella mano». Y Sorel en 1912 pudo devolverle el favor declarando que «la defensa de la cultura francesa se encuentra hoy en manos de Charles Maurras»⁶.

Cuanto más se acercaba Sorel a Maurras, más incapaz era de resistir la tentación del antisemitismo. Cerca del cambio de siglo, el caso Dreyfus mostró lo profundamente dividida que estaba Francia en dos naciones, una republicana, democrática, anticlerical e individualista, y otra, conservadora, católica y proclive a arrebatos de antisemitismo. Al principio, Sorel se alió con Dreyfus, considerando por muchos un traidor simplemente porque era un judío. Posteriormente, el Sorel de *Reflexiones* expresaba su indignación por el hecho de que los socialistas, para probar que Dreyfus era falsamente acusado, habían hecho causa común con republicanos de ideas liberales y democráticas. Finalmente, después de descubrir su afinidad con Action Française, Sorel demostró su valía lanzando odiosos comentarios contra los judíos.

Al escribir a un amigo italiano un año antes de su muerte, Sorel admitía que «los fascistas [en Italia] no están del todo equivocados al invocar mis opiniones». Es imposible no estar de acuerdo con su afirmación: su culto a la gloria y a la violencia, su lenguaje de la decadencia y el renacimiento, y su nacionalistindulismo los relacionan con él, como el antisemitismo al que tardamente sucumbieron con la legislación antijudía de 1938, igual que Sorel había esperado el momento oportuno antes de engrosar las filas de los hostigadores de judíos.

Hubo un tiempo en el que Mussolini rehusó abrazar a Sorel. El hombre que finalmente sería el líder de la Italia fascista en un principio se tomó tan

en serio su fraseología marxista como para mirrar desdeñosamente la unión de preguerra de Maurras y Sorel en el Cercle Proudhon. Pero la lección que Mussolini extrajo de la Primera Guerra Mundial fue que la fuerza del nacionalismo era tan auténtica como engañoso el fervor del proletariado. Durante 1922 pronunció un discurso en el que eligió propagar el nacionalismo como un mito soreliano capaz de conducir a los italianos a realizar grandes hazañas:

Hemos creado nuestro mito. El mito es una fe, es pasión. No es necesario que vaya a ser una realidad. Es una realidad por el hecho de que es un estímulo, una esperanza, una fe; de que es coraje. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación!

Pasando de la hostilidad al apoyo entusiasta al imperialismo, Mussolini adoptó el lema de Corradini de que Italia estaba preparada para levantar un Tercer Imperio Romano⁷.

El oportunismo ofrece parte de la explicación de la conversión de Mussolini desde el sindicalismo revolucionario al nacionalista. Sin embargo, sería un error ignorar los motivos ideológicos que confieren una unidad a sus cambiantes posiciones políticas. Desde sus más tempranos días como figura pública, Mussolini compartió con Sorel un absoluto desprecio por el socialismo reformista: «Nuestra concepción rejuvenece —observaba Mussolini— por otro lado, el reformismo, el sabio y debidamente evolucionista, positivista y pacifista reformismo, está en lo sucesivo condenado a la decrepitud y a la decadencia». Soreliano hasta la médula, era deseo de Mussolini preparar al proletariado para «el día del "mayor baño de sangre de todos", cuando las dos clases hostiles se enfrenten en la prueba suprema». Mussolini y Sorel estuvieron desde el principio de acuerdo en otra cosa más: ambos admiraban el concepto de voluntad de poder y, haciendo caso omiso de Nietzsche, estaban dispuestos a transformarlo en una doctrina política. De hecho, Mussolini llegó hasta el punto de hablar de reintroducir los escritos de Max Stirner, que eran realmente una versión diluida de lo que Nietzsche más tarde consignaría por escrito. Sólo se puede apreciar lo sorprendente que era esta propuesta, proveniente de un reputado socialista, si recordamos que Marx había dedicado toda la segunda parte de la *Ideología alemana* a una feroz refutación de Stirner.

Después de que los fascistas tomaran el poder, su movimiento realizó rápidamente un brusco giro hacia la derecha política. Por tanto, es importante observar que, en primer lugar, el fascismo fue intelectualmente una ideología vanguardista: su rechazo del liberalismo era completamente modernista en su forma, a diferencia del nazismo que, como veremos, siempre habló el lenguaje de la reacción. El Nietzsche de *El Duce* no era el pensador populista y retrógrado que Elizabeth Förster-Nietzsche, la antisemita hermana del gran escritor, dio a entender que era: era más bien Nietzsche, el radical cultural y niño mimado de los pensadores más «avanzados» de Europa. No es

casualidad que en un primer momento el fascismo disfrutara del apoyo del poeta Filippo Tommaso Marinetti, que anunciaba el fin del arte del pasado (*le Passéisme*) y el nacimiento del arte del futuro (*le Futurisme*). En el mundo moderno todas las cosas se mueven y cambian, afirmaba en un manifiesto dado a conocer en 1910; de ahí que el arte deba ser energético y dinámico, representando velocidad y deleitándose con visiones de poderosas fuerzas mecánicas. Llenos de odio hacia el mundo burgués, convencidos de que la violencia puede ser hermosa, fanáticamente nacionalistas y deseosos de guerra, Marinetti y los futuristas se vieron naturalmente atraídos por el fascismo emergente. Los mejores y más brillantes de Italia estuvieron bien representados en las filas del fascismo durante su marcha hacia el poder.

Una vez en el poder, Mussolini consolidó su posición mediante concepciones a los pilares del conservadurismo de la sociedad italiana: el papado, la monarquía, el ejército, la burocracia y el gran capital. Sólo fue una cuestión de tiempo el que las aspiraciones de los sindicalistas a la autonomía económica con respecto al Estado degeneraran en una excusa para que el Partido, que era el Estado disfrazado, controlara todos los aspectos de la producción. También aquí la retórica de Sorel demostró ser útil, ya que los fascistas aprendieron a hablar de «productores» en lugar de «proletarios» y de «renovación» en lugar de «revolución». Junto a todos los demás, los trabajadores se encontraron a sí mismos siguiendo los dictados del Partido Único, el Gran Consejo del Fascismo y el Estado Corporativo.

Y, sin embargo, a pesar de la precipitación del fascismo triunfante hacia la derecha política, parece que Mussolini nunca olvidó sus primeros años consagrados al radicalismo. Resulta fascinante en este sentido la República de Saló que erigió bajo el patrocinio nazi después del golpe del 24 de julio de 1943, cuando fue destituido de su puesto. Un impopular gobierno títere, la República de Saló o República Social Italiana, como era oficialmente denominada, declaró su intención de «retornar a los orígenes del fascismo»; lo que quiere decir que Mussolini, justo antes de su fallecimiento, reafirmó el programa socialista de sus comienzos.

De forma comprensible, los académicos continuaban debatiendo si Mussolini pertenecía a la izquierda o a la derecha. Cabe muy bien preguntarse, sin embargo, si están planteando una pregunta con sentido. Durante la República de Saló, Mussolini glorificó la guerra y la violencia como lo había hecho durante toda su carrera, desde el principio hasta el final, incluyendo todas las paradas intermedias. Como Sorel, Mussolini despreciaba el centro liberal y le importaba muy poco si se encontraba a su izquierda o a su derecha cuando asestaba un golpe tras otro al gobierno constitucional. Sin duda, fue un revolucionario, a diferencia de Franco en España o Salazar en Portugal, cuyos regímenes fueron a veces calificados de fascistas, pero que encajan mucho mejor bajo la denominación de autoritarismo católico tradicional. Mussolini siempre fue un revolucionario, pero nunca un auténtico revolucionario marxista: nunca un humanista con escrúpulos ante el proble-

ma de las «manos sucias». Mussolini fue un «revolucionario del nihilismo», por aplicar a Italia una frase que acuñó Hermann Rauschning para caracterizar a la Alemania nazi.

Comparado con el régimen de Hitler, la incidencia de los asesinatos políticos y de los actos terroristas en la Italia fascista fue relativamente bajo. Pero el camino al poder fue manchado con la sangre vertida de las víctimas de los matones «camisas negras» que deambulaban por las calles y el campo. El miedo estuvo presente desde el principio y no desapareció después de la toma del Estado, como cualquiera familiarizado con las novelas de Ignazio Silone conoce de sobra. Mussolini se jactaba de que el suyo era un régimen «totalitario»⁸, cuyos líderes estaban dispuestos a hacer público un nuevo catecismo, unos nuevos diez mandamientos, una lista de mártires fascistas, y todo lo que fuese necesario para crear un *uomo nuovo*; un hombre nuevo que en la paz no menos que en la guerra fuese un soldado, un autónata dispuesto a cumplir órdenes, cualquier tipo de órdenes. El nacionalismo, incluso el fanático y expansionista nacionalismo de Corradini, es de carácter limitado; el fascismo era ilimitado. Mussolini y los ideólogos del régimen fascista proclamaban reiteradamente que la suya era una doctrina universal, y lucharon con Hitler por razones ideológicas, aun cuando los intereses de Italia dictaban otra cosa.

Los portavoces de Mussolini nunca se cansaron de declarar que el fascismo era una revolución «total» y «permanente». Y de hecho fue así, una revolución de nihilismo incompleto que sería superada por el nihilismo total de la Alemania nazi.

Los fascistas y el pueblo

Como los fascistas italianos, en sus orígenes el nacionalsocialismo alemán fue una revuelta cultural que, más tarde, con la ayuda de circunstancias favorables y una enérgica dirección, se transformaría en una revolución política. El nazismo comparte con el fascismo un odio profundo hacia la Ilustración, el liberalismo, el individualismo y el gobierno parlamentario. Lo que hace al nazismo doctrinalmente diferente del fascismo es que los proyeectores de la ideología «populista», lejos de constituir una vanguardia, eran sumamente retrógrados. No existe un equivalente de los futuristas en las filas de los ideólogos nazis: ni fascinación artística por las máquinas, la velocidad o la modernidad; ni determinación para crear un arte del futuro que marcara una ruptura deliberada y total con el pasado. El nazismo fue una rebelión tradicionalista, no sólo contra el liberalismo, sino contra la modernidad en general. En sus encarnaciones originales el nazismo fue tan retrógrado como el fascismo vanguardista.

Los pensadores de los siglos XVIII y XIX que sirvieron de inspiración a la ideología nazi fueron revolucionarios a fuerza de ser totalmente reacciona-

rios. Analizarlos conduce inevitablemente a un embarullamiento de nuestro vocabulario ideológico, como sucede cuando los historiadores se refieren a estas figuras como «conservadores radicales» o también cuando ellos se catalogan a sí mismos de «revolucionarios conservadores». Paul Lagarde, Julius Langbehn, Moeller van den Bruck y otros campeones del pueblo alemán fueron conservadores que encontraron poco que conservar y mucho que destruir en el pasado⁹. A Hegel y a Bismarck, las prominentes personas que frecuentemente identificamos con el conservadurismo alemán, el primero con su teoría, el segundo con su práctica, eran considerados como peligrosamente innovadores por los defensores de la ideología populista. Para los autoproclamados defensores del pueblo, todo el pasado debe ser deshecho antes de poder ser recuperado. «Vivo suspirando por un pasado que nunca fue y que es el único futuro que ansío —escribió Paul Lagarde—. Soy un extraño en todas partes.» Esta clase de desesperación era comparada por muchos otros alemanes y, con el tiempo, conduciría a una política de reacción revolucionaria y nihilista.

Irónicamente, la propia noción de pueblo que iba a desempeñar un papel tan importante en el pensamiento de aquellos alemanes que repudiaron la Ilustración, nació de la Ilustración alemana (*die Aufklärung*). Johann Gottfried von Herder (1744-1803), el padre de los escritores populistas, fue por derecho propio una figura que defendió los ideales humanitarios de la Ilustración. Llegado el siglo XIX, los intelectuales románticos y nacionalistas alemanes forzaron una elección entre el *Völk* y la *Humanität*. En opinión de Herder, esta elección no es necesaria, ya que un reconocimiento de la rica variedad de culturas populares es una forma excelente de sustituir las insulsas abstracciones (por ejemplo, «el estado de naturaleza») y las vacías fórmulas universalistas (como los «derechos del hombre») de los *philosophes* franceses por una humanidad personificada, colorida y expresiva¹⁰. Nada podría ser más ajeno a Herder que el estrecho nacionalismo y el agresivo imperialismo tan común entre los pensadores del siguiente siglo que reivindicaron su nombre.

Desde el principio el discurso sobre el pueblo iba dirigido contra la Ilustración. Pero mientras Herder fue un cosmopolita cuyas críticas pretendieron mejorar la Ilustración, los románticos del siglo XIX que le siguieron citaban el pueblo para repudiar los ideales progresistas del siglo XVIII. Fue la Revolución francesa la que cambió totalmente las cosas. Los nacionalistas románticos alemanes fueron hombres que de jóvenes habían admirado a Voltaire. Diderot y otras importantes figuras de la Ilustración francesa. Al estallar la Revolución francesa, esos mismos alemanes se maravillaron de que los ideales de la Ilustración estuvieran a punto de hacerse realidad. Compreensiblemente, Fichte invirtió su postura cuando Napoleón invadió Alemania e introdujo por la fuerza su Código. Ni siquiera las reformas administrativas locales de Stein y Hardenberg fueron aceptables para los románticos, quienes en su día estuvieron tan decididos a volver atrás como

sus descendientes lo estarían mucho después, en la época de la República de Weimar. En general, Fichte, Adam Müller y el resto de los primeros románticos despreciaban las doctrinas de los derechos naturales, se oponían al libre comercio y al desarrollo económico, y añoraban una sociedad jerarquizada, feudal, corporativa y orgánica en la que el individualismo sería una desviación viciosa, salvo en el caso del genio creador.

A lo largo del siglo XIX, los diversos intelectuales alemanes que luchaban por encontrar estabilidad y raíces en un mundo moderno partido en dos, primero por los franceses y después por la Revolución industrial, realizaron dos lecturas mutuamente contradictorias del legado de Herder. Un grupo de pensadores que se cobijaban bajo el manto de Herder se unieron bajo el intelectualmente impresionante estandarte del *Historismus* (historicismo); el otro grupo divulgó la ideología racista que, tristemente, es una de las características exclusivas de los tiempos modernos. Académicos como Ranke, Mommsen, Dilthey y Meinecke fueron responsables de los brillantes estudios históricos alemanes del siglo XIX. Sus homólogos racistas también utilizaron la historia, pero sólo para abusar de ella en una búsqueda de cabezas de turco, sintiéndose desposeídos en el mundo moderno, al centrar su atención en Alemania, echaron la culpa a los judíos y, cuando miraron hacia el exterior, acusaron a los negros y orientales. Los historicistas y los racistas sólo coincidían en una cosa: ambos grupos recurrirían a la historia para reunir al aparentemente huérfano presente con la atrayente afectuosidad de un paternal pasado durante mucho tiempo perdido.

Aparte de Herder, los historicistas estaban en deuda con Hegel por su método de entender el mundo humano. A Hegel no sólo le interesaba el *Volks* (pueblo), sino el *Geist* (el espíritu), el espíritu de una época (*Zeitgeist*) o de un pueblo (*Volksgeist*). De Herder y Hegel los historiadores alemanes aprendieron que la primera regla del método histórico es entender una época en sus propios términos, como opuesta a una búsqueda de ellos mismos y de la perspectiva del siglo XIX en una época anterior. Más allá del mundo natural de los instintos animales existe un segundo mundo de la cultura que da testimonio de la libertad y creatividad humana y que se traduce en el arte, la literatura, la ciencia y la filosofía. Para entender una época o un pueblo, el historiador debe penetrar mentalmente en su cultura: sus valores, costumbres, prácticas sociales y su modo de interpretar la experiencia humana. Este método pervive en la actualidad en las investigaciones de los antropólogos culturales y entre los científicos políticos que se centran en la «cultura política» de este o aquel país.

Los historiadores alemanes de ningún modo estaban examinando el pasado simplemente porque sí. Por medio de sus estudios Hegel y sus sucesores buscaban conectar el presente con el pasado, reparando la ruptura sufrida en la época de la Revolución francesa, cuando los jacobinos decidieron deshacerse de todo lo que había importado alguna vez y empezar de nuevo en el día uno, para lo cual crearon un nuevo calendario. Los historicistas es-

taban decididos a experimentar el presente como parte de un *continuum* con el pasado, el suyo era un esfuerzo por aceptar la realidad del cambio y, sin embargo, llevar a cabo un programa de conservación. Eran conservadores, no reaccionarios. Sabiendo que es imposible volver atrás, su modesta pero plausible estrategia fue conectar —por medio de su investigación histórica— los momentos de tiempo en una progresión coherente con su propio presente. Sentirse a gusto en la historia, no alienados, fue su objetivo.

El estudio del pasado generó al menos otros dos beneficios desde el punto de vista de los historicistas. Muchos historiadores de las universidades alemanas habían perdido su fe en la ortodoxa cristiandad de sus padres, muchos de los cuales eran pastores. Para estos hijos leales, discolos contra sus deseos, no creyentes con ansias de creer, era reconfortante saber que al estudiar la historia se hallaban en presencia del *Geist*, del espíritu. De este modo, habían conseguido elevarse por encima del materialismo filosófico de los intelectuales franceses a un nuevo, si bien mundano, idealismo. En segundo lugar, los partidarios de la Escuela Histórica del Derecho se percataron de que estaba en sus manos proclamar los derechos de los alemanes al mismo tiempo que desactivaban la explosiva teoría de los derechos naturales, que los revolucionarios franceses habían difundido por todo el mundo. Es el *Volksgeist*, declaraban, el que crea el *Volksrecht* (los derechos del pueblo). Frente a la universalista Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano francesa, los historiadores alemanes reivindicaron los históricamente sancionados derechos de los alemanes, igual que lo había hecho Edmund Burke al sustituir los derechos de la humanidad por los derechos de los ingleses en su famosa diatriba antirrevolucionaria, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1789-1990).

Los historicistas no deben ser confundidos con los ideólogos populistas que predicaban el racismo, el nacionalismo reaccionario y expansionista, y la adoración del *Führer*. Es de este último grupo, no del anterior, del que los nazis tomaron sus ideas y propaganda. Los ardientes nacionalistas románticos nacidos de las guerras napoleónicas plantaron las primeras semillas de la «ideología alemana»: Paul de Lagarde, entre otros, continuó el trabajo de los nacionalistas románticos a final del siglo XIX, y fue debidamente honrado por los nazis cuando éstos distribuyeron una antología de sus obras entre los soldados alemanes que luchaban en la Segunda Guerra Mundial. Otro precursor del nacionalsocialismo alemán fue Moeller van der Bruck, autor de un libro titulado *El Tercer Reich*, que fue publicado durante los primeros años de la desafortunada República de Weimar.

Sin duda el racismo es el componente más vil de la ideología germana. Una de las muchas ironías del pensamiento populista enloquecido es que pensadores que se veían a sí mismos como idealistas fueron la fuerza conductora que estaba detrás de la doctrina crudamente materialista de la raza. Como ha puesto de relieve Jacques Barzun, la fundamentación del pensamiento racista es «la convicción de que la mente es simplemente el

correlato de la estructura física»: la argumentación racista se basa en la idea de que «cualquier producto espiritual o intelectual puede explicarse genéticamente a partir de su origen físico»¹¹. Los racistas intentan explicar todos los logros culturales —o su falta— en términos de cráneos, narices, pelo, sangre y color de piel.

El racismo es, en todos los sentidos, una negación de la historicidad de la existencia humana. Ya no había un pueblo, como sostenía Herder, creado a lo largo del tiempo por personas que compartían un territorio y un lenguaje y que construían una cultura común. La cultura ya no era una herencia espiritual colectiva transmitida de generación en generación, que aceptaba las revisiones sobre la base de nuevas necesidades o deseos. En vez de ello, las personas eran alemanas porque eran ejemplos de una esencia alemana fija y eterna. Los alemanes actúan como lo hacen porque son alemanes, sostenían los fanáticos populistas: son lo que son debido a las acciones que han emprendido, replicaban los historicistas, cuya posición permitía el cambio evolutivo tan claramente como los pensadores populistas lo descartaban por adelantado. El único cambio aceptado por el pensamiento populista fue una caída desde la pureza primitiva bajo la corrosiva influencia de la civilización occidental, simbolizada por los judíos. Incapaces de dejar tranquilo el pasado a pesar de su rechazo a aproximarse a él históricamente, los ideólogos alemanes proyectaron sus odios sobre épocas anteriores. Su especialidad fue una historia puramente mitológica en la que los liberales, cosmopolitas y judíos habían traicionado a Alemania.

A diferencia de muchos otros nacionalistas, los ideólogos populistas que llamaban al Tercer Reich no utilizaron mucho el Segundo Reich de Bismarck. Los nacionalistas que permanecían fuera del movimiento populista admiraban la *Machtpolitik* (la política de poder) que Bismarck había seguido despiadadamente en su exitosa campaña para unificar Alemania: «Las grandes cuestiones de hoy en día —comentaba— no se deciden con discursos y votos —ése fue el grave error de 1848 y 1849—, sino a sangre y hierro.» Los partidarios de la ideología populista alemana no tenían nada que objetar ante su uso de la fuerza, pero enfatizaban «la sangre y el suelo», no la sangre y el hierro. Pidieron raíces a gritos, se quejaban de que el Reich de Bismarck, que duró de 1871 a 1918, demostró ser un período devastador de acelerada decadencia cultural. El desplazamiento de población desde el campo a la ciudad, la creciente influencia de la «decadente» Berlín, los trastornos económicos, la creciente importancia de las finanzas internacionales y «judías», la ascensión de la ciencia y el declinar de la fe —todos los demonios, desde su punto de vista, del mundo moderno— hicieron enormes progresos durante el desalmado Segundo Reich. Ansiosos de insultar a Bismarck, los germanistas no dudaron en tildarlo de liberal, y ello a pesar de su autoritarismo y del fraude de las instituciones parlamentarias que permitió, que eran una pura fachada destinada a suavizar la imagen de su gobierno semiautocrático.

Los estadounidenses son tradicionalmente complacientes con el populismo, pero tan hostiles hacia el Estado que éste apenas figura como un tema en la historia del pensamiento político norteamericano. Por tanto, puede resultarnos chocante saber que, en la historia alemana, los pensadores populistas fueron la fuente de la ideología nazi y los defensores del Estado los que ofrecieron una alternativa. No siendo para nada racista, Hegel sostuvo que un Estado auténtico tiene como una de sus obligaciones más importantes la tarea de facilitar la integración armoniosa de diferentes grupos étnicos y religiosos. Sobre los judíos su postura era igualmente ilustrada: «Excluir a los judíos de los derechos civiles sería confirmar el aislamiento que se les reprocha».

En su filosofía política, Hegel recapitula la estrategia presente en su interpretación de la historia: se esfuerza por mantener el contacto de los alemanes con su pasado a la vez que muestra cómo pueden ser actualizadas sus tradiciones para hacer frente a los desafíos del presente. En consecuencia, conserva una monarquía de larga tradición y un funcionario aristocrático, orgulloso de su código de servicio público. Para Hegel, el Estado es la realización de la «vida ética», y como tal debería ser administrado por funcionarios que se ven a sí mismos como una «clase universal», atendiendo diligentemente de manera imparcial los principales asuntos de toda la comunidad. La representación corporativa de los intereses particulares presentes en la «sociedad civil» es otro rasgo del Estado hegeliano. Pero no- ciones como la «opinión pública» o la representación de personas consideradas como conjuntos de individuos, no le son útiles. Muy por encima de la familia patriarcal y de una sociedad económicamente dinámica y muy activa, Hegel visualiza un moderno Estado coordinador disfrazado con una tranquilizadora vestimenta tradicional. Para él, la imaginaria orgánica co- mienza con el Estado, no con el pueblo, porque el pueblo no es un pueblo a menos que haya un Estado que lo mantenga como tal. Hegel aceptó totalmente la modernidad en su *Filosofía del Derecho* (1821) y buscó una estructura política que les permitiera a sus paisanos hacer lo mismo. Su idea es la innovación ligada a la continuidad, a pesar de que en su filosofía de la historia consideró cada período como una formulación totalmente nueva de uno y el mismo *Geist* avanzando a través de los tiempos.

Los pensadores populistas dieron la vuelta a las críticas que Hegel realizó contra el Estado democrático y las dirigieron contra su finamente cincelado y concienzudamente institucionalizado Estado no democrático. El recuento uno a uno de los votos o la clasificación de los últimos caprichos de la opinión pública le parecían a Hegel mecánicos y artificiales. Volviendo las tornas, los polemistas germanistas condenaron su impersonal *Rechtsstaat* (Estado de leyes y de derechos)¹² sobre la base de que es una estructura mecánica incompatible con la vitalidad del pueblo. Esto no significa, sin embargo, que la gente no esté dispuesta a aceptar una autoridad, por el contrario, los germanistas insistieron en que etimológicamente *Volk* implica

una necesidad de seguir a alguien. En opinión de los ideólogos populistas, lo que la gente pedía a gritos era un *Führer*, no las frías normas impersonales de un *Rechtsstaat*.

Mucho antes que conquistara el Estado, la ideología germánica penetró de forma significativa en las universidades. Mientras en Francia e Inglaterra los estudiantes universitarios corrieron a menudo a las barricadas para luchar por los liberales y constitucionales regímenes republicanos, sus homólogos alemanes sólo apoyaron la causa liberal en una ocasión, en 1848. Durante la mayor parte del siglo XIX y hasta bien entrado el XX, los estudiantes alemanes casi siempre se agruparon bajo la bandera de la derecha política. En la época de las guerras napoleónicas se unieron al rencoroso y malévolo padre Jahn: un siglo más tarde sus hermandades eran un caldo de cultivo del antisemitismo. Para un profesor colaborar con los periódicos antisemitas estaba lejos de ser algo inusual, y en los libros de texto del siglo XIX era habitual encontrar enormes dosis de ideología populista impartidas a inocentes y confiados jóvenes.

Mucho antes de la República de Weimar y a lo largo de su existencia, la ideología populista fue una fuerza destacada en Alemania, que fue aumentando con cada uno de los acontecimientos relacionados con una serie de reveses: la derrota de la Primera Guerra Mundial, la humillación del tratado de Versalles, la constante amenaza de un levantamiento comunista y la inflación galopante de los años veinte. Cada vez con mayor frecuencia, los hastiados intelectuales sucumbían a la tentación de seguir el ejemplo de ideólogos anteriores declarando que Alemania, con su cultura incomparable, nunca había pertenecido al mundo occidental ni había compartido sus ideales. Cuando Hegel hablaba de los pueblos germánicos, no sólo se refería a Alemania propiamente dicha, sino a otras naciones como Inglaterra o Francia. Para los pensadores populistas únicamente Alemania era germanica, con la excepción parcial de las personas de origen alemán que vivían en otros países y que esperaban su incorporación, por los medios que fueran, a la patria.

En su desesperado anhelo de fe, Paul Lagarde y otros portavoces del pueblo no pudieron quedar satisfechos, como lo estaban los hegelianos, con la contemplación del *Geist*. A pesar de lo idealista que era, Lagarde encontró el «espíritu» de los historicistas demasiado nebuloso, demasiado cerebral, demasiado alejado de su convicción de que la nación alemana tenía un «alma». No se conformaría con algo que no fuera una fe proveniente del pueblo, con una religión germánica bajo cuyo estandarte su patria causaría estragos en Europa, especialmente en las tierras del este, en todos aquellos vastos territorios sureños y orientales en los que estaba seguro que Alemania estaba destinada a gobernar. Todos los que siguieron sus pasos reiteraron su exigencia de que Alemania debería expandirse hacia Europa Central y del Este, no por razones de *Machtpolitik*, sino en cumplimiento de un mandato divino. No importaba que su visión de Alemania fuera un mito; la

guerra uniría a los alemanes y transformaría el mito en realidad. De uno u otro modo, Alemania sería una *Volkgemeinschaft*¹³.

A estas alturas resulta obvio que la ideología del nacionalsocialismo no apareció de la noche a la mañana: sus argumentos, su retórica y su tono —y quizá su política exterior— podrían rastrearse hasta bien lejos en el siglo XIX. Incluso el programa de combinar nacionalismo con socialismo había sido esbozado con décadas de antelación por los defensores del pueblo. Sorel, como hemos visto, insistía en instigar una guerra total entre la burguesía y el proletariado. El marcado contraste entre la ideología germánica y la que alimentaba al fascismo italiano puede apreciarse en las palabras de Moeller van den Bruck: «La antítesis entre la burguesía y el proletariado debe desaparecer». «El socialismo hoy en día debe dejar de ser un socialismo de clase y transformarse en un socialismo del pueblo».

El socialismo populista no tiene nada en común con el marxismo. Todo lo que Moeller pudo ver en Karl Marx fue un judío desarraigado que com pensaba su falta de patria proyectando internacionalismo sobre la clase trabajadora. El capitalismo era un mal porque también era judío: la movilidad social y el cambio constante que acompañaba a la economía capitalista beneficiaba a los judíos y destruía el mundo de campesinos y artesanos, los verdaderos alemanes. Revolviendo el pasado, los germanistas recordaron con aprobación el proteccionista *Sistema nacional de economía política* (1841) de Friedrich List y *El Estado comercial cerrado* (1800) de Fichte. En manos de los germanistas, el socialismo no significa más que una recuperación de las viejas nociones de gremios y estados; defiende un orden orgánico y corporativo, paternalista, jerárquico e inflexiblemente hostil con el individualismo.

Cuando por fin hubo en Alemania un régimen político liberal, adoptó la lastimosa forma de la República de Weimar, un sistema de gobierno que en su debilidad parecía confirmar todo lo que los germanistas habían estado diciendo durante un siglo contra el liberalismo. El Reichstag no podía hacer nada: un excesivo pluralismo, creado por un esquema de representación proporcional, dividió al régimen en un momento en el que la República necesitaba todo el apoyo que pudiera obtener contra enemigos poderosos desplegados tanto a la derecha como a la izquierda. Todo gobierno que tuvo una política no tuvo una mayoría en la legislatura: toda mayoría se basó en una coalición provisional y en la ausencia de una política coherente. Finalmente, los nazis y los comunistas obtuvieron tantos escaños que no pudo formarse ningún gobierno con apoyo mayoritario.

Acusar al liberalismo en general, como hicieron los germanistas, de la incapacidad de la República de Weimar es manifestamente injusto. Sin embargo, la justicia siempre es la primera víctima de los fanáticos ideólogos. Lo obsesionados que estaban los germanistas puede apreciarse en sus incansables esfuerzos por culpar al liberalismo de todo lo que había ido mal en la moderna historia alemana, a pesar del claro fracaso de este último en

desempeñar un papel trascendente en su país. Marx señaló una vez que los alemanes se habían limitado a pensar lo que otras naciones habían hecho. El liberalismo es, sin duda, un buen ejemplo, porque era toda teoría y ninguna práctica.¹⁴ Kant creó el marco para el tímido liberalismo que iba a llegar después al admirar la Revolución francesa como un tributo a la libertad humana y, sin embargo, rechazar categóricamente reconocer que había circunstancias en las que debe emprenderse la acción revolucionaria.

Esa esperanza en el liberalismo tal y como existió una vez acabó definitivamente con los acontecimientos de 1848-1849, al triunfar el nacionalismo autoritario y el liberalismo pasar a ser algo insignificante. En Alemania como en ninguna otra sociedad, las fuerzas feudales de los estratos más altos permanecieron yuxtapuestas a las fuerzas proletarias de los estratos inferiores; y Bismarck, de forma intencionada, logró que la burguesía media, que en todas partes proporcionaba un apoyo social al liberalismo, siguiera siendo políticamente infantil. El parlamentarismo fue realmente una farsa, como afirmaban los germanistas, porque Bismarck hizo que lo fuera. Las instituciones parlamentarias que permitió fueron todo forma sin contenido. Al carecer de poder y responsabilidad, los parlamentarios no fueron más que miembros de un club de debate.

Antes del advenimiento de la República de Weimar los alemanes habían sido educados para desdeñar el gobierno parlamentario. Cuando los dirigentes alemanes establecieron la República, lo hicieron como parte de un plan para obtener un acuerdo de paz favorable por parte de Woodrow Wilson. Pero para cuando los victoriosos aliados hubieron terminado de reivindicar el botín, los términos del Tratado de Versalles resultaban tan duros que a Weimar le atribuyeron desde un principio el mito de que los liberales y los judíos habían apuñalado por la espalda a Alemania.

Actuando bajo el peso de una trayectoria histórica de impotencia ininterrumpida, los liberales del siglo XIX y primeros años del XX se conformaron con el objetivo de transformar Alemania en un *Rechtsstaat*, un Estado gobernado por leyes impersonales. En esta empresa pudieron contar con Hegel y sus herederos, los cuales, aunque básicamente de visión conservadora, no permitirían que Alemania dejara paso a la política patriarcal defendida por K. L. von Haller, cuya postura era una vuelta en el siglo XIX a la doctrina defendida por Robert Filmer en Inglaterra dos siglos antes. Un *Rechtsstaat* no es lo mismo que un sistema político liberal, constitucional; su modesta meta es la eliminación de la arbitrariedad, que queda garantizada por juristas y administradores profesionales.

Bastante antes de la subida al poder de Hitler resultaba obvio que un gobierno de leyes y no de hombres es imposible en ausencia de una ciudadanía leal y de élites profesionales comprometidas con el mantenimiento de normas y procedimientos constitucionales. El naufragio final del *Rechtsstaat* tuvo lugar durante el gobierno de Hitler, cuando las élites de la judicatura dispensaron de buen grado la «justicia» nazi. Pero mucho an-

tes, durante los primeros días de Weimar, el poder judicial ya había aplicado un evidente doble rasero en los casos políticos. Los infractores que se encontraban en la izquierda política recibían un duro castigo; los de la derecha, uno suave o ninguno, con el resultado de que los reaccionarios enemigos de la República obtenían carta blanca en las calles tan a menudo como querían.

El derrumbamiento del *Rechtsstaat* simboliza la suerte global de la República de Weimar. No se pudo contar con los liberales para apuntalarla, porque eran demasiado débiles para sostenerse a sí mismos. Sólo los conservadores podrían haber salvado la República; disfrutaban de una tradición de gobierno y responsabilidad; podrían haberse transformado en una versión alemana de los demócratas *torres* y, si lo hubieran hecho, la República podría haber prosperado y ellos con ella. Pero los respetables conservadores eligieron, tanto en pensamiento como en acción, seguir un camino que les situaba primero en el campo de los germanistas alemanes y después en la órbita del nacionalsocialismo.

«La mentalidad alemana siempre ha sido conservadora y lo seguirá siendo eternamente», escribió el gran novelista Thomas Mann en 1919. Sólo tres años después, ante la creciente evidencia del giro cada vez más radical, revolucionario y reaccionario del nuevo conservadurismo, desertó de sus filas. Un respetable conservador que permaneció en el movimiento lo suficiente como para servir al régimen de Hitler durante algunos años antes de rechazarlo fue Hermann Rauschning. Su libro, *La revolución del nihilismo* (1938), deja constancia de la náusea de su toma de conciencia del horror del nacionalsocialismo. Algunas de sus páginas son de un considerable patetismo, como el capítulo sobre «El suicidio del viejo orden», que incluye un apartado sobre «La degeneración del conservadurismo». Rauschning señala la «deniación en la que cayeron los viejos conservadores: la tentación de capitular ante un uso del poder sin escrúpulos que estaba demostrando su efectividad», concretamente el Partido Nazi. Los conservadores más jóvenes fueron más allá que los mayores: fascinados por el espíritu de poder y dominación nazi, los jóvenes alemanes pidieron a gritos una revolución reaccionaria. En esas circunstancias, sostiene Rauschning, los jacobinos de Alemania no se concentraron, como estaba previsto, en la izquierda, sino en la derecha.

En su sentido más amplio, Rauschning consideró la capitulación del conservadurismo ante la antediluviana tradición de pensamiento populista, germánico y antijudío la clave del horror que había tenido lugar en la orgulloso nación alemana. «El conservadurismo alemán había comenzado a decaer y a degenerar a partir de mediados del siglo XIX, y ésta es la principal explicación de que se precipitara a una revolución nihilista.» Con los desastres que acuciaron a Alemania en las primeras décadas del siglo XX, se dieron las condiciones para que la ideología germánica pasara de ser un programa cultural a ser una fuerza política devastadora.

La ideología fascista: su relevancia y consecuencias

¿Hasta qué punto fue importante la ideología fascista? Algunos especialistas, citando la clásica manipulación de ideas realizada por Maurras, Sorel, Mussolini y Hitler, niegan su importancia. Después de todo, era una explícita afirmación de Sorel el que los mitos son valiosos precisamente porque no están sujetos a criterios racionales y, por tanto, no pueden ser falsados; hacer cuajar e intensificar la emoción eran su función y valor. De modo parecido, Maurras y otras destacadas figuras de la *Action Française* fueron ateos que, sin embargo, defendieron incondicionalmente el catolicismo debido al poder que ejercía al congregarse a los franceses en torno a las causas reaccionarias. En esta misma línea Mussolini concedió a Giovanni Gentile sólo dos meses —en 1929— para que sentara las bases de una filosofía para la doctrina fascista; únicamente dos meses y no más, porque a Mussolini le era indiferente el contenido de la proclama de Gentile y sólo le preocupaba que el documento estuviera listo en la fecha en la que iba a tener lugar una reunión del Congreso Nacional.

Pero antes de precipitarnos a concluir que la ideología no tuvo importancia, deberíamos detenemos un momento y darnos cuenta de que el que los fascistas redujeran las ideas a armas políticas se debía a sus creencias ideológicas fervientemente asumidas, especialmente a su convicción irracional de que el mundo está dividido en elites y «masas». Incluso Rauschning, como queda claro en *La revolución conservadora*, aceptó la visión de los ideólogos conservadores de que las «masas», por sí mismas, nunca llegarían a ser nada más que materia amorfa, hasta que llegara el día en que una élite les diera forma, por la fuerza o mediante engaños. Temeroso de la democracia de Weimar y de la democracia en general, y obsesionado por la visión de esa democracia promoviendo un nuevo jacobinismo, apostó por un pacto con el diablo. Hitler proporcionó una nueva elite que lideraría a las «masas» y les daría una fe. Rauschning comprendió demasiado tarde que la consecuencia sería, en sus propias palabras, una «revolución nihilista».

Robert Michels es otra persona destacada que acabó en el bando fascista después de decidir que «las masas experimentan una profunda necesidad de posturarse, no sólo ante grandes ideales, sino también ante los individuos que a sus ojos incorporan dichos ideales». Rauschning procedía de los conservadores; Michels era un socialista y un sindicalista revolucionario antes de establecerse en Italia y convertirse en un nacionalista, en un compañero de viaje del fascismo. En su clásico estudio *Los partidos políticos* (1911), Michels llegó a la conclusión de que la preponderancia de la oligarquía en el Partido Socialdemócrata Alemán demostraba la irrelevancia de los ideales igualitaristas. Muchas de las razones que aducía para explicar por qué las organizaciones se encaminaban inexorablemente hacia la oligarquía son convincentes. Pero su charla sobre la «perenne ineptitud de las masas», su creencia de que la mayoría siempre viviría bajo un «eterno tute-

laje», venía a ser un mero refrito gratuito de Filmer hecho por un autor que pretendía ser un izquierdista.

En realidad, el fascismo es la causa, no la consecuencia, de la dicotomía entre la elite y la masa. Ni Rauschning ni Michels apreciaron que el fascismo, lejos de proporcionar un medio para resolver creativamente la desafortunada división entre la elite y la masa, fue un régimen que intentó imponer ese miserable dualismo social y político en Italia y Alemania. Cuando asumieron el poder, las elites fascistas no se encontraron con una masa indiferenciada, sino que, con el Estado a su disposición, hicieron todo lo posible para reducir a italianos y alemanes a una masa acomodaticia. La ideología cegaba a Rauschning y a Michels; veían un mundo poblado de elites y masas en el que las ideas no eran más que propaganda porque eso era lo que sus ideologías les enseñaron a ver. Y se puede decir lo mismo de los fascistas del núcleo duro.

De una cosa podríamos estar seguros. A pesar de que Hitler no formuló un programa de acción específico hasta 1934, siempre supo qué y a quién odiaba: la modernidad en general y especialmente aquellas personas que consideraba sus símbolos, liberales y judíos. Por razones tácticas, llegó finalmente a un acuerdo con las fuerzas sociales de la industria moderna, no porque olvidara su ideología antiindustrialista, sino porque su programa ideológico de reducir el mundo a una raza de amos servida por razas esclavas sólo podría conseguirse mediante una pujante economía de guerra. Hitler hizo las paces con los industriales alemanes para poder hacer la guerra al mundo no germano.

Fuera que el fascismo se basara, como en Italia, en un rechazo modernista de la Ilustración, la democracia liberal y todos los ideales humanitaristas o, como propuso la *Action Française* y llevó a la práctica el nazismo, en una llamada a la revolución reaccionaria, iniciada no sólo contra el humanitarismo, sino contra toda la modernidad, el resultado fue casi el mismo. Cuando se considera la violencia como algo viril y prueba de destreza, y se interpreta un programa de exterminio como una prueba de determinación, el amenazante resultado es la transformación del nihilismo de teoría en práctica, de texto literario en realidad cotidiana.

Luchando por su ideología de forma fanática, haciendo caso omiso en su nombre de los intereses nacionales de Italia y Alemania, contrayendo demasiadas obligaciones financieras y uniendo a todos contra ellos, los fascistas forjaron su propia derrota. En su fervor nihilista añadieron sus propios nombres a la lista de sus víctimas. Después de la Segunda Guerra Mundial los alemanes no pudieron recuperar su pasado: las viejas elites habían sido desacreditadas para siempre, y el recuerdo de la vieja sociedad ya no existía, al haber sido eliminado como consecuencia no buscada de la necesidad de Hitler de modernizar la economía para obtener los medios para la restauración de un pasado populista que nunca había tenido lugar.